

Los niños, encantados con los poderes mágicos de los caramelos, le agradecían a Dulcinea por sus dulces regalos. Aprenderían que la magia podía estar en los pequeños detalles, en la alegría de compartir y en descubrir el mundo con ojos curiosos.

Miguel, un niño curioso que siempre quería saber más, se comió un caramelo en forma de estrella de mar. ¡Y en ese instante, se encontró bajo el mar! Vis peces de colores, corales brillantes y hasta un pulpo con ojos azules que le guió un ojo.

Laura, una niña que siempre tenía miedo a la oscuridad, probó un caramelo en forma de luna. ¡Y de repente, la noche dejó de ser tenebrosa! La luna le devolvió un secreto: "No tengas miedo, la noche también es mágica." Y Laura se sintió segura y tranquila, admirando las estrellas brillantes.

El primer caramelo que probó Juan, un niño tímido, era un conejo verde. ¡De pronto, Juan sintió una gran fuerza en sus piernas y empezó a correr más rápido que un rayo! Se reía con todas sus fuerzas y le daba vueltas al mundo sin parar.

¿Cuál fue el caramelo que más te gustó? ¿Qué te gustaría que hiciera tu caramelo mágico? ¿Qué poderes mágicos te gustaría tener? ¿Crees que los caramelos de Dulcinea cambiaron la forma de ver el mundo de los niños? ¿Cómo te sentirías si tuvieras un caramelo mágico?



En un bosque lleno de árboles que parecían gigantes verdes, vivía una bruja muy especial llamada Dulcinea. Dulcinea no era como las brujas de los cuentos, no volaba en escoba ni tenía verrugas en la nariz. Lo que la hacía especial era que adoraba los caramelos y, sobre todo, hacerlos. ¡Y no eran caramelos cualquiera! Dulcinea tenía un secreto: sus caramelos tenían poderes mágicos.

Un día soleado, Dulcinea decidió compartir sus caramelos con los niños del pueblo. En una cesta de mimbre, llevó sus dulces con formas de animales, flores y estrellas. Los niños, al ver la cesta llena de colores, corrieron hacia la bruja con alegría.